

PIRÓ mano



ROBERT BLOCH

El protagonista de *Pirómano*, el reportero Philip Dempster, es víctima de horribles sueños cuyo recuerdo trata de ahogar en alcohol. El desencadenante de este angustiante thriller narrado en primera persona llega el día en que el director del diario *Globe* encarga a Philip un reportaje sobre las sectas locales, aprovechando que éste está investigando el tema para una novela en la que trabaja. Sus vívidas pesadillas corren parejas a sus descubrimientos, pesadillas que poco a poco cobran entidad real y pavorosa a medida que elabora el reportaje encargado... Las sectas están siendo atacadas violentamente por un pirómano y Dempster debe enfrentarse a su terror por el fuego. Pero dónde empieza el sueño y dónde acaba la realidad, es lo que el periodista no sabe fijar con exactitud: una serie de secuencias vertiginosas y de gran tensión desembocarán en un inesperado desenlace. Robert Bloch, después de haber visitado otros mundos, alcanzando en sus relatos de ficción sobrenatural las más elevadas alturas cósmicas del espacio y el tiempo, se sumerge en las profundidades más oscuras de las motivaciones humanas: la avaricia, la lujuria y la violencia, para mostrarnos lo oculto y terrible de nuestro propio mundo, como dijo acertadamente el crítico William P. Simmons.

*A Gordon Molson and Associates,
que encendieron un fuego bajo mis pies.*

Introducción

Me llamo Philip Dempster: estoy durmiendo.

El sueño es rojo. Siempre es rojo. A veces es de un rojo dorado, como el primer refulgir de una cerilla. Otras veces es azul y anaranjado en sus filos, como el rescoldo a punto de agostarse, aunque siempre es rojo. Pero ese rojo no es solamente un color: también es un conjunto de emociones y de sentimientos. Sentimientos que están a punto de acceder al conocimiento de lo que es rojo y de lo que no lo es. Mis sueños siempre son rojos, siempre rojos.

Me llamo Philip Dempster; estoy soñando.

En mi sueño conduzco por una carretera oscura. Muy a lo lejos veo una luz. Es la única luz en el mundo, pues mi coche no tiene faros; es un coche ciego y doy gracias por tener ojos, porque si no los tuviera yo también estaría ciego en este mundo. Y tengo que mantenerme alerta, mirando bien hacia esa luz que hay en la carretera, a lo lejos...

Conduzco y mi espalda me duele. Me duele como si hubiera estado conduciendo mucho tiempo, persiguiendo arduamente la luz que brilla a lo lejos, en la carretera. Mis ojos arden, al tiempo, pero es un arder distinto. Es como si experimentasen una sensación acuosa, como si estuvieran alerta desde mucho antes, como si los hubiera mantenido abiertos a propósito, para que ardiesen.

Pero sé que no es eso. No quiero que arda parte alguna de mi cuerpo.

Debe ser únicamente una ilusión.

El sueño es real, sin embargo. Por tanto, me mantengo atento a la conducción.

La luz crece por momentos. Se hace más y más grande, se agiganta a gran velocidad. Freno un poco y el coche va más suavemente, pero me siento conducido. No estoy cerca de la luz. Es extraño; por un momento me pareció que se trataba de una llamarada y estuve a punto de decir: *No estoy cerca de la llama*. Pero se trataba de una luz, puedo asegurarlo. No es una llama. Es, simplemente, una luz... puedes creerme, ¿lo harás?

Aprieto ahora el acelerador y el coche sale disparado hacia adelante, pero eso no me sirve para llegar antes a la luz. Está justo encima; de hecho, puedo ver cómo se eleva como un gran globo de plástico. No puedo entender por qué se ha elevado, pero es una auténtica construcción de luz en lo alto, sin un emplazamiento concreto. Deberé detenerme y preguntar en dónde estoy.

Me llamo Philip Dempster; estoy perdido, creo.

Me hago a un lado de la carretera y bajo del coche. Siento una puerta que se cierra a mis espaldas. Sí, una puerta. La puerta del otro lado está abierta y me asusto, pero camino alejándome del coche. Creo haber cerrado la otra puerta. Pero está abierta. Sé de alguien que podría... ¿qué? ¿Qué podría hacer alguien? No hay nadie en la carretera esta noche. Entonces, ¿por qué me entristezco? Todavía camino, alejándome más del coche, estoy lejos pero debo regresar. Debo volver a la ciudad y encontrarme conmigo mismo, regresar a ese lugar del que vengo.

Eso es muy importante, pienso.

Hay un edificio en una colina, está algo inclinado. Camino hacia ese punto y, en contra de lo que sucedía cuando iba en el coche, está mucho más cerca, llego mucho antes. Parece ir a devorarme.

Me detengo. Pero mis pies no se detienen. Se mantienen caminando, llevándome hasta el edificio y el edificio abre sus fauces y veo chorros y más chorros de luz que pa-

recen dientes muy afilados y que esperan, esperan para masticarme. Y ordeno a mis pies que se detengan, que *por el amor de Dios se detengan, pido a Jesús que me salve de esas fauces, ¿lo harás, Jesús?* Los pies, sin embargo, me llevan hasta lo más alto de la colina y me veo por un sendero iluminado, adentrándome en la gran boca del edificio y no puedo decir si soy alto o bajo, o qué ocurre realmente, salvo que grito y no se me oye. Lanzo mi grito y no pasa nada, no brota de él sonido alguno. Sigo caminando hacia la gran boca y ahora, yo...

Dentro. Muy dentro del edificio que tiene las paredes cálidas y viscosas, como un ser viviente. ¿Puede estar vivo este edificio? ¿Tendrá aliento, pulso? ¿Necesitará carne fresca para alimentarse? Espero que no.

Ahora camino muy rápidamente pegado a las paredes con aliento, blancas, las paredes que tienen pulso. Puedo oír una especie de balbuceo. Parece una conversación, pero se trata de un rumor húmedo, soterrado, casi como si alguien hiciera gárgaras con la boca llena de sangre. Trato de escuchar lo que ese algo dice, pero las palabras que oigo no tienen sentido. Es como si fuesen palabras dichas en el agua, a mucha profundidad, tan hondo que se pierde todo su sentido.

Sigo caminando junto a la pared y llego a una celda. Es una celda muy grande y tienen barrotes traslúcidos e incandescentes. Son barrotes que arrancan desde el techo luminoso y caen hasta el suelo blanco. Y en la celda hay... algo. No puedo saber qué es... Lo miro. Trato de ver qué es...

De pronto lo veo con nitidez absoluta. Se mueve y agita tras los barrotes y puedo verla. Es una mujer. Pero no se trata, realmente, de una mujer. Siento cómo se me seca la garganta y trato de meterme en la boca todo el puño para no ser como ella, para comprobar que no soy como ella.

La mujer está muerta.

Ella está muerta. Tiene los miembros carbonizados, negros como las ramas de un árbol muerto. Pero se mueven.

Ella se mueve, se está moviendo.

Se mueve ahora en dirección a los barrotes. Lo hace lentamente. Va cayéndose a pedazos, muy despacio, como papel quemado. Y veo que se dirige hacia mí. Ven mis ojos, lo sienten; se separan de mi cuerpo que retrocede, pero de pronto tengo una cesta en las manos.

¿Una cesta? Sí, tengo una cesta... ¿o no? Está llena de algo.

La cesta es grande y de su interior sale un olor a incineración, como si cien hornos incineradores estuvieran quemando muertos, como si ardiera la grasa de un millón de personas allí arrojadas. Tengo la cesta en mis manos y mientras esa criatura que fue una mujer avanza hacia mí balbuceando imbecilidades, saco un puñado de lo que contiene la cesta y se lo arrojo.

Ella cae de rodillas y comienza a destrozar a dentelladas lo que le he arrojado. Alza su mirada y veo que tiene los ojos negros; vacíos, más bien. Sus labios están caídos en un rictus de dolor y placer a un tiempo; y lo que destroza entre sus dientes parecen *spaghetti*. Pero no son *spaghetti*. Es un pedazo de carne.

Ahora se aproxima a mi más decididamente, cortándome la retirada. No puedo salvarme. Me veo arrastrado hacia ella, hacia su cara descarnada con un gran agujero en donde debió tener la nariz, hacia su cara con labios incapaces de articular una palabra con sentido. Las cuencas de sus ojos, de tan vacías, parecen hambrientas. Se aproxima a mí blandiendo un dedo que arde. Me agarra y no puedo librarme de su abrazo.

No quiero estar a su lado... Tiene los brazos deformes... Me aproxima sus labios... Ella quiere... Ella quiere...

¡Ella quiere besarme!

Trato de escapar, intento que ese cuerpo no me bese, pero sus brazos me aprisionan contra los barrotes, fuertemente, y al aproximar ella su cara a la mía me veo cayendo

por el precipicio negro de sus ojos, me veo en el abismo de su boca y su mirada.

No puedo soportarlo... Me voy a volver loco... ¡Socorro! ¡Socorro, por favor! ¡Que alguien me ayude! ¡Que alguien me salve de esta... de esta cosa muerta! Esta cosa muerta que ahora murmura *sálvame... sálvame... sálvame...*

Sus labios me aprisionan y me siento enteramente en el infierno y en la muerte, y su fuego es el fuego que me quema, el maldito fuego que me hace arder; y ardo, ardo, estoy quemándome.

Me llamo Philip Dempster; mis sueños son horribles.

1

Para que tú explotes, antes tiene que encenderte alguien la mecha.

Estaba sentado en Tracy's aquella noche, pensando en mis asuntos, cuando se me acercó Ed Cronin. Él fue quien me encendió la mecha.

Ed Cronin, con toda su gran humanidad, corpulento y decidido, tomó asiento en la mesa que había junto a la mía, pero yo hice como que no le veía hasta que golpeó afablemente mi brazo.

—Hola, Phil —me dijo—. ¿Cómo te va?

—Estoy bajo de moral —le confesé mientras limpiaba mis gafas.

—Me refiero a tu libro.

—¿Cuál de ellos?

—La novela sobre las sectas.

—¡Ah! ¿Eso? Pues va así, así —dije—. Estoy escribiendo otra.

—Me alegro de oír eso —exclamó Cronin.

—Yo no —contesté haciendo una seña al camarero—. No veo cómo abordarla, cómo organizar el material de trabajo.

El camarero me miró y yo miré a Cronin.

—¿Qué quieres beber?

Pidió una cerveza y yo lo de siempre.

—Así que se trata de eso —dijo Cronin hablando para sí—. Me han dicho los muchachos que pasas mucho tiempo

aquí.

—Mierda para ellos —solté mientras alzaba mi vaso para ver cómo estaba de lleno—. Bonita pandilla de amigos reporteros la tuya, Cronin. Siempre en busca de una historieta. ¿Qué título pondrás a tu reportaje? ¿Acaso uno que diga UN JOVEN Y PROMETEDOR NOVELISTA SE EMBORRACHA HASTA MORIR?

Cronin sacudió la cabeza y sonrió.

—¿Por qué no? Ésa es la verdad, ¿me equivoco?

—Bebo porque me gusta —mentí—. Estoy ocupado con mi nuevo libro, eso es todo —dije, y era la verdad—. Pero puedo dejar de beber cuando me dé la gana.

No sabía, al decir eso, si era verdad o mentira. Eso me molestaba.

—Lamento verte entregado a la bebida —dijo Cronin—. Tú eres un chico inteligente, Phil.

—Y, según tú, los chicos inteligentes no beben, claro —respondí—. Pues estás en un grave error. Tratas de ponerme una etiqueta. Para ti, soy un «chico brillante». Permíteme que lo dude. ¿Y por qué necesita la gente ser brillante? ¿Puedes decírmelo? La gente no va por ahí haciendo demostraciones de su carácter, como los actores en busca de un papel. A veces soy un chico brillante, vale... Pero también a veces soy tonto. A veces puedo comerme el mundo, es verdad; pero no es menos cierto que otras veces me asusto hasta de mi sombra.

Cronin volvió a sacudir su cabeza.

—Tú no te asustas de tu sombra —me dijo—. Te vengo observando desde hace tiempo... Venga, Phil, dímelo... ¿De qué tienes miedo?

Sonreí dirigiéndome al camarero.

—Mira, Mac —le dije—. ¿Te molestaría que bebiera hasta caerme? Mi amigo quiere psicoanalizarme ahora.

—Déjalo ya, Phil... Y perdona —dijo Cronin.

—De acuerdo... Pero cualquiera se enfada cuando alguien le hace preguntas como las tuyas; todo lo que uno

quiere es beber en paz...

—Pero es que tú no puedes beber en paz —me espetó Cronin—. Y yo no creo que tú, realmente, sólo quieras beber.

—¿Otra vez vuelves a la carga?

—De acuerdo. No quiero meterme en tus asuntos ni saber de tus problemas. No voy a preocuparme más por ti... Pero dime, ¿cómo vas a ganarte la vida?

—Estoy escribiendo un libro, ¿no?

—Tú lo has dicho, lo estás escribiendo. Pero eso no debe servirte de disculpa. Toma cada día sólo unas pocas horas de tu tiempo, y dedícate a trabajar.

—¿A qué trabajo te refieres?

—Al que estabas haciendo, precisamente. Los editores del periódico van a sacar pronto un suplemento dominical y están dispuestos a gastarse algo de dinero. Yo he hablado con uno de ellos para proponerles una serie semanal de cinco o seis capítulos a propósito de las sectas locales.

—Y eso lo puedo hacer yo, ¿eh?

—¿Quién si no? Tú eres de aquí y además estás escribiendo un libro sobre el asunto. Puede decirse que eres una autoridad en la materia.

—Espera un momento —dije—. Tú tienes tu propia visión sobre ese asunto y me parece muy bien. Pero yo no estoy tan seguro de que las sectas sean cuevas de ladrones. Varias de ellas son totalmente legales. Pude comprobarlo cuando anduve por la Costa recopilando datos para mi libro.

Cronin pareció contrariado.

—Ya lo sé. Y no quiero que desperdicies el material que ya tienes. Pero creo que podemos afinar un poco más, ser más exhaustivos en nuestras investigaciones. Hemos descubierto que hay cinco o seis organizaciones que actúan de manera más que sospechosa. Son las que quiero que investigues. No trato de sacar un lápiz y señalar lo que debe o no ser censurado. Actúa de la forma que creas más conve-

niente; pero investigar a los responsables de esas sectas es un auténtico servicio público.

—Y también algo bastante lamentable. A lo mejor quieres que investigue de paso si cometen infracciones de tráfico...

Cronin se enojó.

—Tranquilízate, hombre... ¿Qué dices? Cinco o seis capítulos a unas cien o doscientas palabras cada uno. Te procuraremos las fotos y todo lo que necesites, si es que merece la pena. No tienes más que ir, echar un vistazo y escribir tu historia. No te llevará más de cuatro o cinco horas de trabajo a la semana.

—¿Cuánto pagan? —pregunté secamente.

—El viejo está dispuesto a soltar ciento cincuenta dólares. Pero yo le he dicho que tu firma vale doscientos. Sin impuestos, claro.

Seguramente no era aquél el único dinero que había en el mundo; pero yo no estaba acostumbrado a ganar una cantidad semejante por unas pocas horas de trabajo a la semana. Y la verdad es que necesitaba el dinero, pues la fecha de recepción de mi último cheque, con el pago de derechos por uno de mis libros, databa de dos meses atrás. Cambiar el dinero por la paz podría venirme bien. Y podría ayudarme, de paso, a romper con la costumbre de sentarme a beber hasta quedarme dormido... Y no soñar... Sobre todo, no soñar...

—Me parece muy bien —dije al fin—. ¿Cuándo empezamos?

—El domingo mismo, si no tienes nada mejor que hacer —me respondió Cronin—. Prepárate para comenzar la semana que viene. Hoy es lunes, ¿no? Pues ve a verme mañana y lo dispondremos todo.

—De acuerdo —de veras pensaba que era una oportunidad excelente, aunque aún no pensaba que Cronin acababa de encenderme la mecha—. ¿Tomamos otro trago?

Cronin hizo un gesto de cansancio.

—Lo siento, tengo que irme ahora mismo. ¿Irás a verme mañana temprano?

—Seguro que sí, no te preocupes —dije sonriéndole—. Me quedaré sólo para tomar el último trago antes de ponerme en marcha.

Nadie ha inventado aún el trago que de veras te predisponga para salir a la carretera, aunque yo aguardaba tal invento.

Cuando Cronin ya se iba llamé al camarero y le pedí «lo de siempre».

Me tomé «lo de siempre» y salí. La noche era húmeda y me abrigué bien, subiendo el cuello de mi gabardina. Tenía el coche aparcado a cierta distancia y metí las manos en los bolsillos para apretar un poco el paso. Las calles estaban desiertas; nadie con un poco de cerebro hubiera salido a caminar aquella noche perdiéndose el programa de televisión y cambiando el tibio ambiente del hogar por la calle, una vez los niños se han ido a dormir. Pero todo eso era mucho más de lo que yo podía pensar... Llevaba mucho tiempo bebiendo sin tregua.

En el fondo me alegraba bastante que Cronin se hubiera acordado de mí. Sentí esa alegría mientras caminaba hacia mi coche con las manos en los bolsillos de la gabardina, buscando las llaves. Pensé que me habría gustado invitarle a un par de tragos más. El trabajo que me ofrecía, sin embargo, a lo mejor, quién sabe, iba a ayudarme a retomar mi libro en donde lo dejara, cosa que nada hubiera logrado conseguir poco tiempo atrás... Ese libro iba cubriéndose de polvo, poco a poco, en un cajón de mi mesa de trabajo. Junto a un par de originales más.

Me metí en el coche imaginando una vida más placentera y acogedora. Tomé la ruta de siempre para volver a casa; en realidad, para regresar a mi vacío apartamento en el que apenas había algo más que una litera, mi mesa de trabajo y la máquina de escribir... Como de costumbre, la máquina de escribir, mi vieja Bessie, me esperaba; y también

como de costumbre, la repudié. Puse mi camisa sobre ella, para cubrirla, y comencé a desnudarme, algo tambaleante, para meterme en la cama.

Eso sí, fumé el cigarrillo, también acostumbrado, de antes de conciliar el sueño; el cigarrillo de mi otro gesto de costumbre: apagar la luz. Y entonces se hizo la oscuridad igualmente acostumbrada. Y al cabo me llegó el sueño de costumbre.

Acaso ocurrió porque no había bebido lo suficiente. Y cuando no bebo hasta hartarme, suelo tener sueños. Cuando el común de los mortales sueña, lo hace con que vuela, o sueña con sus jefes; o que hace el amor con la novia del escenógrafo que debutó la semana pasada... O sueñan las gentes que se quedan desnudas en mitad de la calle... Yo no soñaba cosas parecidas, siquiera... A mí me llegaba el sueño de siempre, el único sueño que tenía desde que regresé de la Costa; el único sueño posible cuando no había bebido hasta caerme.

Sabía bien que se trataba sólo de un sueño, sin más, pero eso no me ayudaba a superar la angustia. Me sentía ardiendo; y a pesar del sudor frío que me cubría, notaba que mi rostro iba encendiéndose más y más; sobre todo ante la presencia de ese otro rostro, el del sueño, no por común menos aterrador.

Aquella noche volví a ver esa cara; esa máscara ardiente con las cuencas de los ojos vacías, y grité arañando las sábanas con mis dedos crispados.

Desperté de golpe y tomé un cigarrillo. Pero no lo encendí. Me quedé tumbado boca arriba durante un rato largo, deseando fumar pero sin atreverme a dar fuego al pitillo. Porque, para fumarlo, necesitaba del fuego.

Y sentía un pánico mortal por el fuego.

2

A la mañana siguiente me dirigí en coche hacia el edificio del *Globe*. A esas horas de la mañana hay en las orillas del lago una gran humedad que dificulta la conducción por culpa del firme resbaladizo. En el lago había algunas embarcaciones navegando y recordé cómo tres años atrás se me revolvieron las tripas cuando yo también decidí navegar una mañana. Me sentía bien. Había olvidado por completo que Cronin sabía pulsar las fibras más sensibles de la gente como si de las cuerdas de un violín se tratase; es un tipo que te agarra en el momento oportuno, te dice lo que tiene que decir y tú interpretas para él la música más deliciosa.

Frente al *Globe* estaba el aparcamiento y busqué un buen sitio para dejar mi coche, no sin antes verme obligado a dar varias vueltas. Ya en el ascensor, Tony me vio y se dirigió a mí con una amplia sonrisa. Eso hizo que sintiera un poco de nostalgia. Hacía apenas tres años, cuando acabé mis estudios de Literatura, me puse a trabajar como reportero de calle para Cronin. No era mala cosa y Cronin siempre fue un buen jefe, con el que aprendí muchas cosas. Cuando me asaltaba alguna duda, Tony se encargaba de despejármela en no más de tres o cuatro segundos. Y siempre con suma cordialidad.

Ed Cronin estaba en su despacho, esperándome... Cerró una libreta justo cuando yo entraba.

—Aquí está todo —me dijo—. Aquí tenemos la lista.